

SHIMSHON BICHLER Y JONATHAN NITZAN

Todo tiene que ver con el petróleo

Si bien apropiarse del petróleo de Irak no ha sido la única razón de George Bush para declarar la guerra al país árabe, sí ha sido uno de los factores importantes. Shimshon Bichler y Jonathan Nitzan analizan el verdadero sustento de este argumento, importante eslabón de la política exterior de EEUU en las últimas décadas.

Si en algo coinciden los especialistas es que la guerra contra Irak se ha librado en gran parte por el petróleo. La esencia del argumento es bastante sencilla, y se puede resumir del siguiente modo:

- Para seguir creciendo, la economía mundial necesita abundante petróleo barato.
- El cartel de la Organización de Países Productores y Exportadores de Petróleo (OPEP) se interpone en el camino hacia esa meta. Durante años, sus miembros han manipulado la producción para mantener los precios elevados.
- Ahora existe por fin una oportunidad de cambiar las reglas del juego, quizá incluso de hacer irrelevante al cartel del petróleo.
- El punto de entrada es Irak. El país, dice George Bush hijo, se ha convertido en una "amenaza mundial". Apoya el terrorismo, tiene armas de destrucción masiva y tiene un gobernante lo bastante carente de escrúpulos como para usarlas. En la era de los "ataques preventivos", éstas son razones suficientes para invadir al vecino.
- Una vez victoriosos, los ejércitos invasores pondrán en el poder a un líder nuevo, más amigable. Este gobernante adoptará una nueva política energética, hostil a la OPEP y amistosa hacia EEUU y Occidente. Y dado que Irak tiene el 11% de las reservas de crudo del mundo y capacidad para extraerlo en grandes cantidades, pronto acabarán los días de precios elevados del petróleo.

La publicación londinense *The Economist* expresa esta lógica de la siguiente forma: "El principal interés de EEUU en perseguir al presidente de Irak, Saddam

Shimshon Bichler es profesor de Economía Política en la Universidad Israelí (shim100@hotmail.co.il). Jonathan Nitzan enseña Economía Política en la York University, Canadá (nitzan@yorku.ca). Ambos son coautores de *The Global Political Economy of Israel*, Pluto Press, 2000. La versión original de este artículo fue publicada en *News from Within*, enero 2003, Vol. XIX, Nº1, y cuenta con autorización para su publicación

Traducción: Berna Wang

Husein, es, sin duda alguna, salvar al mundo de sus armas, reales o potenciales, de destrucción masiva. Otro gran factor, por secundario que sea, ha atraído menos atención de la que debiera: los efectos que se derivarían de la apertura de las enormes reservas de petróleo del país [...] Podría parecer, entonces, que la eliminación del señor Husein mataría dos pájaros de un tiro: se iría un peligroso dictador, y con él se iría el cartel que lleva años manipulando precios, urdiendo embargos y perjudicando a los consumidores”.¹

Oriente Medio tiene en la actualidad el 65% de las reservas conocidas de petróleo del mundo y el 30% de su producción diaria. En las próximas décadas sólo cabe esperar que estas cifras aumenten. Según el profesor Anthony Cordesman, del Washington Center for Strategic and International Studies, estos datos llevan a una sencilla conclusión: dado que la prosperidad de EEUU depende de la prosperidad mundial, y dado que la prosperidad mundial depende del libre acceso a las reservas de petróleo de Oriente Medio, se infiere que la región del Golfo Pérsico, de donde procede la mayor parte de este petróleo, debe ser tratada como “un interés estratégico estadounidense auténticamente vital”. En su opinión, EEUU es el único país con poder político, económico y militar para asegurar este interés mundial (léase nacional), y por tanto debe asumir la responsabilidad mediante la implicación directa en la región.²

En general, los autores radicales coinciden en que EEUU persigue el petróleo, aunque muchos de ellos añaden que la obtención de energía es parte de un plan más general cuyo objetivo no es la prosperidad económica en sí misma, sino el poder. “A lo que ahora se enfrenta el mundo –escriben los editores de *Monthly Review*– es a la perspectiva de un importante nuevo avance en la historia del imperialismo”. “El acceso directo de EEUU al petróleo y los beneficios de las compañías petroleras estadounidenses no son suficientes por sí solas para explicar los intereses fundamentales de EEUU en Oriente Medio; antes bien EEUU considera que toda la región es una parte crucial de su estrategia de potencia mundial”, sostienen.³

La trampa

Todos estos puntos de vista suenan convincentes. Sin petróleo la economía mundial se paralizaría, el capitalismo caería en una grave crisis y la hegemonía de EEUU sufriría un serio golpe, quizá mortal. Eso es obvio.

Pero estos mismos argumentos podían haberse alegado –y se alegaron– en los años sesenta, setenta y ochenta. Así pues, ¿por qué este repentino retorno al “imperialismo” al viejo estilo?

¹ “Don’t Mention the O-Word – Iraq’s Oil. How Would an American Strike Affect Oil Reserves, and OPEC?”, *The Economist*, 14 de septiembre de 2002, pp. 25-27.

² Anthony Cordesman, “The U.S. Military and the Evolving Challenges in the Middle East”, *Naval War College Review*, verano 2002, LV, Nº 3, pp. 72-112.

³ “U.S. Imperial Ambitions and Iraq”, *Monthly Review*, diciembre 2002, Vol. 54.

Lo cierto es que toda esta situación parece paradójica. Durante los años setenta, cuando Oriente Medio representaba casi el 40% de la producción mundial (frente a sólo el 30% actual), EEUU y Europa se movían en la dirección contraria, permitiendo que los gobernantes locales nacionalizaran sus recursos de petróleo y expulsaran a las compañías petroleras occidentales. Estos Gobiernos toleraron un ataque flagrante contra la "propiedad privada", pese a que la propiedad en cuestión pertenecía a las empresas más poderosas del mundo, y a que la intención obvia de la OPEP era subir el precio del crudo.

En comparación, la situación actual parece mucho menos peligrosa. A juzgar por el precio real del petróleo, que ha bajado constantemente en los últimos veinte años, la OPEP ha sido más bien ineficaz. En 1999, cuando su precio cayó a 10 dólares el barril, *The Economist* afirmó con seguridad: "el mundo está lleno de petróleo, y es probable que siga estándolo".⁴

En estas circunstancias, y suponiendo que realmente todo tiene que ver con el petróleo, ¿no se debería dejar que el cartel haga a su gusto sus inútiles maniobras? ¿O tal vez la ineficacia de la OPEP es precisamente el problema?

Gran parte de la confusión se debe a dos supuestos erróneos: que la OPEP había "expropiado" a las compañías petroleras y que estas compañías ahora quieren "reclamar" sus concesiones perdidas; y, que los Gobiernos occidentales no quieren más que precios bajos. En realidad, la situación es algo más compleja.

La política mundial del petróleo

En los años setenta las compañías petroleras perdieron sus concesiones de perforación ante la OPEP. Pero éstas no están interesadas en las concesiones de perforación, sino en los beneficios. En este sentido, la OPEP les dio algo realmente valioso: un aumento multiplicado por diez del precio real del petróleo entre 1970 y 1980. Las compañías petroleras nunca habrían logrado ellas solas esta proeza en los precios. Sus beneficios se multiplicaron por cinco en sólo diez años.

La convergencia de intereses de la OPEP y de las compañías petroleras queda patente en la figura 1. El cuadro muestra los beneficios del "Petronúcleo" del mundo, integrado por las seis mayores compañías petroleras privadas: British Petroleum, Chevron, Exxon, Mobil, Royal/Dutch Shell y Texaco.⁵ También muestra los ingresos derivados del petróleo que obtuvieron los Gobiernos de la OPEP. La correlación positiva es evidente. Lo que era bueno para la OPEP también era bueno para las compañías petroleras, y viceversa.

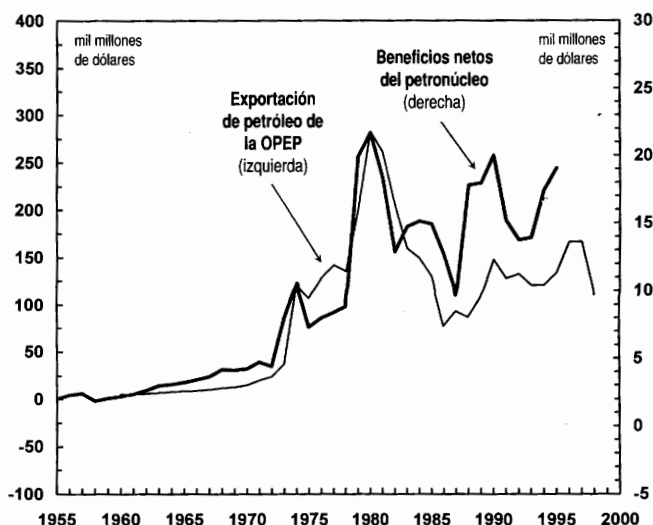
Las compañías petroleras se dieron cuenta enseguida de que no tenían motivos para preocuparse por los yacimientos y los derechos de perforación. Por el contrario, era mucho mejor que el cartel gestionara la producción y se llevara las críticas por la "crisis energética".

⁴ "Drowning In Oil", *The Economist*, 6 de marzo de 1999, pp. 19.

⁵ Como consecuencia de las fusiones, el "Petronúcleo" se reduce ahora a cuatro compañías: British Petroleum, Royal Dutch/Shell, Exxon-Mobil y Texaco-Chevron.

*Lo que era
bueno para
la OPEP
también era
bueno para
las compañías
petroleras, y
viceversa*

Figura 1
La OPEP y las compañías petroleras



*British Petroleum, Chevron, Exxon, Mobil, Royal/Dutch Shell & Texaco.
Fuentes: OPEC Annual Statistical Bulletin; Fortune.

Naturalmente, las compañías petroleras insistieron en que no tenían nada que ver con la estratagema. Ellas sólo eran “transeúntes interesados”, como dijo un famoso analista. Lo único que había ocurrido es que estaban en el lugar correcto en el momento oportuno. Sus beneficios fueron enormes, claro, pero fueron “llovidos del cielo”, el resultado de una feliz coincidencia.

Como más tarde demostrarían los expertos, este panorama estaba un poco distorsionado. En realidad existió una enorme cooperación técnica, empresarial y política entre la OPEP y las compañías petroleras. Pero en aquel entonces, dado que este tipo de investigación rara vez llegaba a los medios de comunicación populares, la mayoría de la gente, aunque sospechase de las compañías, nunca supo realmente por qué.⁶

Con independencia de lo que supieran, los ciudadanos de a pie sufrieron las enormes consecuencias de este acuerdo malicioso. Durante los años setenta y principios de los años ochenta, los precios más elevados del petróleo empujaron al mundo a una espiral estancionaria de subidas de precios, unida a la contracción de la producción y a unos niveles de desempleo galopantes. Pero no es el sufrimiento lo que da voz y voto en la economía política mundial del petróleo, sino el poder.

⁶ Dos de los trabajos más completos sobre el tema son: Anthony Sampson, *The Seven Sisters: The Great Oil Companies and the World They Shaped*, Viking Press, Nueva York, 1975; y John M. Blair, *The Control of Oil*, Vintage Books, Nueva York, 1976.

De la crisis a los precios

Como se ha señalado, existe la creencia de que a los Gobiernos occidentales, que representan el "interés nacional", les gusta que los precios del petróleo sean bajos. El problema de este punto de vista es que quienes articulan el "interés nacional" suelen adaptarlo a sus propios fines. O, mejor aún, lo articulan en palabras, pero lo ignoran en hechos.

Durante los años setenta y ochenta el "interés nacional" de EEUU estaba dominado por una "Coalición Armadólar-Petrodólar" integrada por grandes empresas de armamento, petroleras y financieras. Resulta difícil desenredar los largos tentáculos de esta coalición de los diversos aparatos del Estado. Sus representantes estaban en la Casa Blanca, tenían enviados en varias divisiones del Ejecutivo y del ejército a las que proporcionaban armas, pagaban impuestos y recibían subvenciones (y éstas solían ser superiores a aquéllos), financiaban campañas políticas, influían en la política y a menudo la determinaban, eran propietarios de diversos medios de comunicación.

Esta coalición tenía interés en que los precios del petróleo fueran altos. No podía reconocerlo abiertamente, como es lógico, y el Gobierno de EEUU nunca se cansó de reiterar su "compromiso" con la energía barata. Pero el efecto de la política exterior de EEUU, especialmente en Oriente Medio, fue, en general, la subida de precios, no la bajada.

Tras el final del conflicto de Vietnam, el principal "punto caliente" de la Guerra Fría se desplazó a Oriente Medio. EEUU y la Unión Soviética, auxiliados por otros muchos países, suministraron cantidades masivas de armas a la región (invariablemente en aras de la "estabilización"). La carrera armamentística regional enriqueció a los contratistas militares de EEUU a los que, con la sucesión de presidentes "halcones" —desde Richard Nixon hasta Ronald Reagan, pasando por Gerald Ford—, les resultó fácil mantenerla en marcha. Ni siquiera el conciliador Jimmy Carter, cuyo mandato entre 1976 y 1980 interrumpió brevemente la cadena de belicoidad, consiguió ir contra la corriente.

Los conflictos y las guerras en la región tuvieron una enorme repercusión sobre el petróleo. Es importante señalar que durante los años setenta y ochenta no hubo nunca "escasez" real de petróleo en el mundo.⁷ De hecho, desde una perspectiva puramente "económica", el precio del crudo debería haber caído. La región ardía en llamas, con hostilidades cíclicas alimentadas por armas llegadas del Este y del Oeste y promocionadas implacablemente por los medios. Pero se consiguió que el petróleo, abundante durante todo el periodo, pareciera "escaso" y "vulnerable". El precio del crudo subió y se mantuvo elevado. Los ingresos por petróleo de la OPEP crecieron vertiginosamente y las compañías petroleras se hicieron fabulosamente ricas.

⁷ Si los precios del petróleo fueran determinados realmente por su "escasez" material, cabría esperar que en los periodos de subida de precios la "escasez" hubiera vaciado las existencias. Sin embargo, en el periodo 1970-1980, cuando los precios del petróleo subieron, las existencias mundiales de crudo *augmentaron* continuamente (basado en datos del *BP Statistical Review of World Energy*).

Un revés de fortuna

A mediados de los años ochenta, la marea comenzó a bajar. El comunismo estaba en las últimas, los países en desarrollo se habían convertido en "mercados emergentes" abiertos a la inversión occidental, la fiebre por la alta tecnología comenzó a cobrar velocidad y los vientos del neoliberalismo empezaron a soplar cada vez con más fuerza.

A la "Coalición del Armadólar-Petrodólar" se le enfrentaba cada vez más una nueva "Coalición del Tecnodólar-Fusiondólar" orientada hacia la alta tecnología, la expansión mundial y las fusiones de empresas. Para esta nueva coalición los precios energéticos elevados eran una amenaza, pues echaban a perder la confianza empresarial y el crecimiento en los "mercados emergentes", afectaban a la movilidad de capital e interferían en la promoción del mercado de valores.

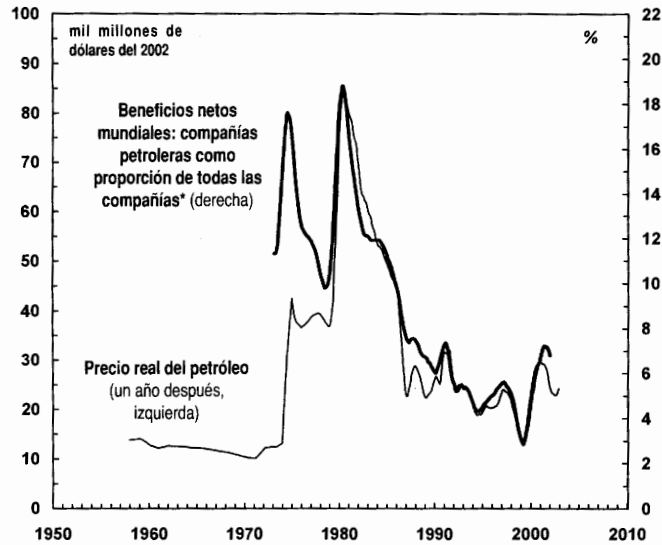
La fuerza creciente de la nueva coalición ya quedó en evidencia en 1991. George Bush padre, partidario de la "Coalición Armadólar-Petrodólar" que acababa de orquestar una importante guerra internacional, se vio más o menos obligado a anunciar el amanecer de un "nuevo orden mundial" de paz. Su sucesor, Bill Clinton, ya era un "pacifista" declarado que se apresuró a resolver el conflicto árabe-israelí. El cambio de los beneficios de la guerra a los dividendos de la paz estaba ahora en pleno apogeo.

El efecto de este cambio sobre los intereses del armamento y del petróleo fue devastador. Durante los años noventa, los presupuestos militares del mundo disminuyeron alrededor de una tercera parte en términos reales, las exportaciones de armas cayeron en picado y los grandes contratistas de armamento quedaron reducidos a una pálida sombra de su pasada gloria.

Las compañías petroleras sufrieron una suerte similar. La figura 2 muestra la relación entre sus beneficios netos y el precio del petróleo. A principios de los años ochenta, los precios del crudo eran superiores a 80 dólares por barril. Para el mundo, éste fue el punto álgido de la "crisis energética". Para las compañías petroleras fue el nivel máximo del "boom energético": sus ganancias representaban casi el 20% de todos los beneficios empresariales del mundo.

A partir de ese momento todo fue hacia abajo. La prolongada guerra Irak-Irán de 1980-1988, la invasión israelí del Líbano en 1982, el bombardeo de Libia en 1986, la "guerra de los petroleros" del Golfo de mediados de los años ochenta, la Guerra del Golfo de 1990-1991, contribuyeron a ralentizar la caída, pero no la detuvieron. A medida que caían los precios, caían los beneficios. Se tocó fondo al final de la presidencia de Clinton. En 2000, los precios del petróleo bajaron a 14 dólares (actuales) el barril, y la proporción de las compañías petroleras en los beneficios mundiales descendió a menos del 3%, el nivel más bajo alcanzado.

Figura 2
Precios y beneficios del petróleo



*Datos replanteados debido a los cambios en las compañías integrantes.
NOTA: Series suavizadas como medias móviles de 12 meses.
Fuentes: DATASTREAM; WEFA-DRI.

Hacia una nueva guerra

Algo había que hacer, y rápido. La "Coalición Armadólar-Petrodólar" atacó la Casa Blanca escupiendo balas con todas sus armas. No escatimaron esfuerzos. Se utilizó todo: apoyo económico masivo, presiones legales, maniobras electorales, engaños y falsificaciones descaradas. Al final, la coalición logró el nombramiento como presidente de George Bush hijo.

Los lazos de la familia Bush con la elite empresarial estadounidense, incluidos los Harriman, Morgan y Rockefeller, entre otros, se remontan a Bert Walker, bisabuelo de George Bush hijo. Con los años, la familia ha llegado a ocupar, mediante la propiedad y cargos directivos, diversos puestos estratégicos en los sectores ferroviario, financiero, petrolero y armamentístico. También tiene buenas posiciones en el Gobierno, en la seguridad del Estado y en las compras militares. Además de creer en Dios y en el poderoso dólar, la familia Bush conserva una firme creencia en la supremacía blanca, especialmente en la supremacía de las elites de la costa Este. También ha forjado estrechos lazos con grupos de ultraderecha y neonazis del partido republicano.⁸ Con estos antecedentes, George Bush hijo,

⁸ Véase Webster G. Tarpley y Anton Chaitkin, "George Bush: The Unauthorized Biography", *Executive Intelligence Review*, 1991. En: <http://www.tarpley.net/bushb.htm>

Además de creer en Dios y en el poderoso dólar, la familia Bush conserva una firme creencia en la supremacía blanca

aunque no fuera el más brillante, era sin duda apto para la tarea de reinstaurar en el poder a la "Coalición Armadólar-Petrodólar".

La principal excusa fue el 11 de septiembre. EEUU comenzó a redoblar los tambores de guerra y en un mes invadió Afganistán en busca del fantasmagórico Bin Laden. No lo encontraron, pero el precio del petróleo siguió subiendo. Paralelamente, y en gran contraste con su antecesor en la Casa Blanca, Bush dio a Ariel Sharon carta blanca para ocuparse de los palestinos como considerase más oportuno. La escalada resultante contribuyó aún más a la sensación de que la región estaba otra vez envuelta en llamas y de que era probable, una vez más, que el petróleo "escaseara". Estos sucesos, junto con una oportuna huelga del petróleo en Venezuela y la perspectiva de un ataque inminente contra Irak, ayudaron a hacer que el precio del crudo subiera a más de 30 dólares por barril y a convertir los beneficios del petróleo en casi el 7% del total mundial (ver figura 2).

A propósito del petróleo

Las compañías petroleras acaban de empezar a subir desde el fondo del abismo. Para seguir ascendiendo necesitan unos precios del crudo más elevados, y la forma más eficaz de subir estos precios es tener otro conflicto en Oriente Medio. Lo mismo ocurre con las empresas de armamento. Si quieren seguir siendo viables en un mundo unipolar necesitarán nuevas guerras, y rápido. Por suerte, ambos grupos tienen ahora en la Casa Blanca al presidente más amistoso. De hecho, este presidente ha demostrado ser capaz de combatir en Irak, independientemente de la aprobación de la ONU.

Para la "Coalición Armadólar-Petrodólar", la nueva guerra tiene que ver realmente con el petróleo, pero no de la forma como cree la mayoría de la gente. El interés de esta coalición no está en estabilizar la región y hacer que el petróleo sea abundante y barato, sino, por el contrario, en mantener la inestabilidad, en hacer que el petróleo parezca escaso y en subir más su precio.

Lo interesante es que las grandes empresas ajenas a la "Coalición Armadólar-Petrodólar" —es decir, compañías que no tienen una conexión directa con los sectores de armamento y del petróleo— no han expresado ninguna oposición real a la guerra. Este silencio es, como poco, extraño. ¿No tienen nada que perder los Microsofts, General Motors y Vivendis del mundo con la subida del coste de la energía y el estancamiento mundial que casi seguro provocará? Además, si los precios y los beneficios del petróleo subieran, ¿no perderían estas empresas su primacía frente a Exxons y Lockheed Martins? Quizá, pero esta reordenación relativa podría ser un precio barato si se compara con los beneficios que conllevaría.

Al final, la mayor amenaza que afrontan las grandes empresas en este momento es la deflación. La carga de la deuda mundial es la más elevada de la historia: aproximadamente el doble que en vísperas de la Gran Depresión. La capacidad de las empresas para fijar precios, por otra parte, es quizá la más débil desde la depresión. En estas circunstancias, si la desinflación diera lugar a la bajada de los precios, el espectro de las quiebras en cadena y la deflación de la deuda podría hacer que la Gran Depresión pareciera un juego de niños. Teniendo

en cuenta este riesgo, cualquier movimiento hacia una mayor inflación –aun cuando vaya acompañada del estancamiento– tendrá una calurosa acogida.

Ahora, desde finales de los años sesenta, unos precios del petróleo más altos siempre han desencadenado una inflación más alta. Y el “mecanismo” sigue funcionando como un reloj: desde 1999, la inflación mundial ha ido a la zaga de los virajes de los precios del petróleo casi con devoción religiosa. Por tanto, si los precios del petróleo siguen subiendo, lo más probable es que la inflación vaya detrás, lo que a su vez eliminaría el espectro de la deflación, y las grandes empresas podrían emitir un gran suspiro de alivio. Estas compañías tendrían también una ganancia adicional: la inflación normalmente actúa redistribuyendo los ingresos desde la mano de obra hasta el capital y desde las pequeñas empresas a las grandes. Por tanto, hará que las empresas más importantes mejoren en términos relativos, cuando no en términos absolutos.

Los más ambivalentes son probablemente los Gobiernos de la OPEP. El desplazamiento explícito hacia el intervencionismo por parte de EEUU y sus aliados occidentales debe ser preocupante para ellos. El suyo es el único cartel internacional que logró cierto grado de autonomía de la influencia occidental, y esta autonomía corre ahora un gran peligro. Por otro lado, parte de la debilidad del cartel proviene precisamente de su incapacidad para mantener los precios altos, algo que un nuevo conflicto gestionado por la intervención directa de EEUU podría contribuir a rectificar.

Para los únicos para los que parece que no hay ambigüedad es para el resto de nosotros. Lo más probable es que las nuevas guerras, que se combatirán en nombre de la seguridad y la prosperidad, no traigan ni la una ni la otra.